

# Montañas sagradas de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego

## Sacred mountains in the southern Patagonia and Tierra del Fuego

*María Constanza Ceruti<sup>1</sup>*

### Resumen

Los majestuosos picos nevados, torres graníticas y extensos glaciares han revestido de importancia simbólica y religiosa para los grupos originarios del sur de la Patagonia y Tierra del Fuego. Inspiraron relatos que vinculan a las montañas con héroes culturales, chamanes, guerreros petrificados, fuerzas atmosféricas y míticos diluvios. La autora realizó extensas marchas a pie hasta la base de las Torres del Paine, el macizo del Chaltén y el cerro Torre; además de caminatas en los glaciares Perito Moreno y Viedma. Fotografió sitios con arte rupestre en el área de las Torres del Paine y en la Cueva de las Manos del Río Pinturas. En Tierra del Fuego visitó *concheros* en Bahía Ensenada, Bahía Lapataia y Navarino, además de museos históricos y muestras etnográficas en Ushuaia. En estas páginas se pone el foco en la diversidad de leyendas y tradiciones culturales con las que los grupos canoeros y cazadores de guanacos de Tierra del Fuego y la Patagonia Meridional han representado y actualizado su relación simbólica con los picos y glaciares de los Andes Australes. Las perspectivas etnohistórica, etnográfica y antropológica se combinan

---

<sup>1</sup> Miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Investigadora del CONICET y Profesora Titular en la Universidad Católica de Salta. Medalla de Oro en la Licenciatura en Antropología y Arqueología en la UBA. Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Cuyo. Autora de veinticinco libros y más de cien trabajos científicos sobre montañas sagradas. Medalla de Oro de la International Society of Woman Geographers, Doctora Honoris Causa en Humanidades y Letras por la Universidad Moravian College y Disertante Distinguida en Antropología por la Universidad de West Georgia. Email: [constanza\\_ceruti@yahoo.com](mailto:constanza_ceruti@yahoo.com); ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8877-5086>

con los estudios de campo sobre paisajes sagrados, para el análisis del papel que la montaña cumple en la mitología, las prácticas shamánicas y los ritos iniciáticos de los antiguos Yamanas, Onas y Tehuelches.

**Palabras clave:** Montañas Sagradas – Patagonia Sur – Tierra del Fuego

### **Abstract**

The majestic snow-capped peaks, granite towers and extensive glaciers have been of symbolic and religious importance for the Native groups of southern Patagonia and Tierra del Fuego. They inspired tales that link the mountains to cultural heroes, shamans, petrified warriors, atmospheric forces, and mythical floods. The author did extensive walks as far as the base of the Torres del Paine, the Chaltén massif and Cerro Torre, as well as walks in the Perito Moreno and Viedma glaciers. She photographed rock art sites in the vicinity of Torres del Paine and in the Hands Cave of the Río Pinturas. In Tierra del Fuego she visited shell middens in Ensenada Bay, Lapataia Bay and Navarino, as well as historical museums and ethnographic exhibitions in Ushuaia. These pages focus on the diversity of legends and cultural traditions with which the canoeists and hunters of Tierra del Fuego and Southern Patagonia have represented and updated their symbolic relationship with the peaks and glaciers of the Southern Andes. Ethnohistorical, ethnographic and anthropological perspectives are combined with field studies on sacred landscapes to analyze the role that the mountains play in the mythology, shamanic practices and initiation rites of the ancient Yamanas, Onas and Tehuelches.

**Key Words:** Sacred Mountains – Southern Patagonia – Tierra del Fuego

## Introducción

Las montañas del extremo sur de la Patagonia y de la isla de Tierra del Fuego han revestido de importancia simbólica y religiosa para los grupos originarios de la región. Los majestuosos picos nevados, afloramientos graníticos y extensos glaciares inspiraron leyendas nativas que vinculan a las montañas con héroes culturales, chamanes, guerreros petrificados, fuerzas atmosféricas y míticos diluvios.

El presente trabajo requirió la realización de investigaciones bibliográficas y entrevistas a pobladores de distintos rincones de la Patagonia meridional. En el archipiélago de Tierra del Fuego, la autora navegó por los canales fueguinos y los fiordos chilenos y participó de exploraciones en zodiak por los glaciares Pío XI, Águila y Europa, entre otros. También navegó alrededor del Cabo de Hornos y desembarcó en la isla homónima, que alberga la capilla más austral del continente (Figura 1). Recorrió el Parque Nacional Tierra del Fuego visitando los concheros de Bahía Ensenada y Bahía Lapataia; así como los remotos concheros y el museo de sitio en la bahía Wulaia, en la Isla Navarino. Las instituciones culturales visitadas en la ciudad de Ushuaia incluyen el Museo Marítimo, el Museo del Presidio, el Museo Territorial del Fin del Mundo y las exhibiciones sobre el llamado “Mundo Yamana”.



Figura 1-La capilla más austral del continente, en el Cabo de Hornos

En el extremo meridional de la Patagonia continental, la suscripta accedió mediante extensas marchas a pie (realizadas frecuentemente en solitario) hasta la base de las Torres del Paine, el macizo del Chaltén y el cerro Torre, realizando asimismo caminatas en la zona del glaciar Perito Moreno y sobre los hielos del glaciar Viedma –el glaciar más extenso de Argentina, que forma parte de los Hielos Continentales–. Fotografió sitios con arte rupestre en las inmediaciones de las Torres del Paine y en la Cueva de las Manos del Río Pinturas. También recorrió el paraje Los Antiguos, en la provincia argentina de Santa Cruz, y la región de Aysén, en Chile.

Esta investigación reconoce como antecedente las primeras reflexiones generales sobre el tema de las montañas sagradas en Patagonia volcadas por la autora en una ponencia presentada en la Universidad de Viena, en el marco del 54º Congreso Internacional de Americanistas<sup>2</sup>. En estas páginas se profundiza el análisis poniendo el foco en la diversidad de leyendas y tradiciones culturales con las que los grupos canoeros y cazadores de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego han representado y actualizado su relación simbólica con los picos y glaciares de los Andes Australes. Las perspectivas etnohistórica, etnográfica y etnoarqueológica se combinan para el análisis del papel que la montaña cumple en la mitología, las prácticas shamánicas y los ritos iniciáticos de los antiguos Yamanas, Onas y Tehuelches.

---

<sup>2</sup> M.C. CERUTI, *Simbolismo y Leyenda en torno a las montañas sagradas de Patagonia*. Ponencia presentada en un Simposio sobre Montañas Sagradas en Mesoamérica y los Andes, en el 54 Congreso Internacional de Americanistas, Universidad de Viena, 2012.

## 1. Los canoeros Yamanas y los espíritus de la montaña en los canales fueguinos



Figura 2- Los Andes Fueguinos y el Canal de Beagle.

La cadena montañosa de los Andes recorre Sudamérica en dirección norte–sur. Sin embargo, en el extremo meridional de Tierra del Fuego, los Andes viran abruptamente en sentido este–oeste, separando la húmeda costa meridional del árido interior de la Isla Grande (Figura 2). Los antiguos grupos de aborígenes canoeros que habitaban los canales fueguinos, eran conocidos como Yamanas o Yaganes. Se encontraban admirablemente adaptados a las condiciones ambientales extremas imperantes en el confín meridional del continente americano y podían sobrellevar las bajas temperaturas y la humedad sin cubrirse de vestimenta. Se valían de una cultura material tan sencilla como eficiente, la cual permaneció vigente durante milenios. En efecto, las investigaciones arqueológicas parecen indicar que el modo de vida de los canoeros fueguinos se remontaba al

menos a seis mil años antes del presente<sup>3</sup>. Los Yamanas estaban estrechamente emparentados con los Alacalufes o Kawesqar, grupos canoeros de los fiordos australes chilenos que utilizaban canoas hechas con un tronco.

La alimentación de los canoeros fueguinos se basaba en el marisqueo, la pesca, la caza de mamíferos marinos (lobos, pingüinos), la recolección de huevos de aves y el aprovechamiento de esporádicas ballenas varadas. El marisqueo se realizaba desde las canoas, con ayuda de tenedores de madera; al igual que el arponeo de mamíferos marinos, ultimados en tierra a garrotazos. Las grandes cantidades de mariscos consumidos (a lo largo de miles de años de ocupación de bahías y ensenadas protegidas de los elementos) dieron origen a los gigantescos “concheros”, verdaderas colinas artificiales, características del paisaje arqueológico de los canales fueguinos<sup>4</sup>.

Las canoas yamana debían ser reemplazadas cada seis meses y eran confeccionadas con corteza de haya, labor que demandaba hasta tres semanas de trabajo. Con capacidad para siete u ocho personas, toda la familia participaba de la vida en la canoa: la mujer remaba mientras el hombre arponeaba y los niños cuidaban el fuego encendido en el interior y achicaban el agua que ingresaba por las rendijas. Solamente las mujeres sabían nadar y debían por ello enfrentar la engorrosa tarea de asegurar las canoas al finalizar la jornada (las cuales quedaban atadas a los bosques de algas y flotando en el agua, para evitar que se dañaran en tierra). A consecuencia de su adaptación fisiológica a la vida canoera, los Yamanas llamaban la atención por sus

---

<sup>3</sup> L.A. ORQUERA – E. PIANA, *La vida material y social de los Yamana*, EUDEBA, Buenos Aires 1999.

<sup>4</sup> L.A. ORQUERA, *Lancha Packewaia: arqueología de los canales Fueguinos*, Huemul, Buenos Aires 1977.

miembros superiores hipertrofiados y sus miembros inferiores menos desarrollados, acentuados por su corta estatura.

Los canoeros habitaban en chozas cónicas de palos cubiertas con pieles de focas y zorros, conservando cuidadosamente el fuego de la hoguera y empleando la compañía de perros como adicionales fuentes de calor. Portaban como ocasional abrigo una piel de nutria o foca orientada en dirección al viento: los niños iban desnudos y los adultos, cubiertos solamente con taparrabos. Se adornaban con collares de hueso de aves y conchillas y se aplicaban aceite de pescado sobre la piel, como aislante térmico, a la vez que recurrían a pinturas corporales geométricas y polícromas como formas de codificar información relativa a fallecimientos, enfrentamientos, etc. La organización social era por demás sencilla, con ausencia de caciques y familias independientes que se congregaban solamente para los ritos de iniciación a la vida adulta de los varones.

El paisaje estaba ligado muy íntimamente a la vida del aborigen canoero, que recibía durante su infancia el nombre del lugar donde había nacido. En cambio, para su vida adulta, adoptaba el nombre del lugar donde se había llevado a cabo su ceremonia de iniciación. Conocida como *shejaus*, dicha ceremonia de transición a la adultez solía convocarse en ocasión de encontrarse una ballena varada, la cual permitía alimentar a numerosas familias en el mismo sitio por un período de tiempo más o menos prolongado. El rito tenía lugar en una tienda grande, de forma cónica, construida para la ocasión. Era dirigido por un anciano y asistido por guardianes, quienes “raptaban” ritualmente a los jóvenes para su encierro temporario en la choza. Los rituales constitutivos incluían prácticas ascéticas (postura inmóvil, privación del sueño, reducción alimentaria, silencio

forzoso, inmersiones en el mar) y representaciones pedagógicas (recitado de mitos y leyendas, cantos ancestrales, mascaradas de hombres iniciados representando a espíritus, etc.).

Si bien el paisaje era importante en los ritos de transición –puesto que los lugares otorgaban el nombre a la persona allí nacida o iniciada– los Yamanas no reconocían en la naturaleza circundante espacios considerados sagrados ni tampoco presentaban ofrendas a los espíritus de la naturaleza.

Las leyendas Yamanas hacían referencia a un diluvio ocurrido por la caída de la luna al mar, al cual sobrevivieron solamente los habitantes de una isla que flotó como una canoa. En otra versión sobre el diluvio, las montañas juegan un papel más prominente, que recuerda al de la serpiente tren-tren en la mitología de los Mapuches<sup>5</sup>. Los Yamanas relatan que, en vez de anunciar el verano, un ibis ofendido envió nevadas que helaron el mar. Al descongelarse el hielo subió el nivel de las aguas, quedando cubierta toda la tierra, a excepción de las montañas<sup>6</sup>.

El origen de los animales era explicado vinculándolo a leyendas de mujeres que esclavizaban a los hombres durante las ceremonias de iniciación y luego debieron escapar de su furia<sup>7</sup>. La particular apariencia del pescado de las rocas es atribuida al hijo híbrido de una joven Yamana raptada por un lobo marino; en tanto que el origen del ratón se remonta a un aborigen fanfarrón y cobarde al que un adversario le asestó una lanza en los glúteos. Los hermanos *Yoaloch* son héroes culturales que

---

<sup>5</sup> FERNÁNDEZ Cesar (ed.), *Cuentan los Mapuches*, Ediciones Nuevo Siglo, Buenos Aires 1999.

<sup>6</sup> PESSAGNO ESPORA Mario, *Los Fueguinos*, Serie A sobre Cultura Náutica General N° 2, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires 1971.

<sup>7</sup> ETCHEGOIMBERRY Delia, *La mujer y lo sagrado en Tierra del Fuego: mito y logos*, Chilavert Artes Gráficas, Buenos Aires 2007.

introdujeron invenciones tecnológicas y también la muerte. El héroe *Latschich* se introdujo en la boca de una foca invulnerable y le dio muerte, siendo rescatado cuando el animal fue carneado para una ceremonia de iniciación masculina o *Kina*<sup>8</sup>.

En cuanto a los espíritus de la naturaleza vinculados a las montañas, las leyendas Yamanas hacen referencia a *Hanuxh* y *Cushpij*, “hombres de los bosques” (comparables quizás al *yeti* himalayano o el Ucumar andino), que tenían las cabezas calvas por detrás debido a su costumbre de rascarse contra la corteza de los árboles. También existen relatos acerca del monstruo *Lakooma*, caracterizado como una gigantesca mano que surge de las aguas, presumiblemente vinculado a las muertes por rotura del hielo en superficie de bahías y lagos congelados<sup>9</sup>.

Los Yamanas veneraban al supremo Creador con el nombre de *Watanuinewa-sef* (“el muy viejo que está en el Cielo”) y lo caracterizaban como un anciano residente más allá de las estrellas. Se dirigían a él como *Hidabaun* (“nuestro padre”), aunque también lo conocían como *Wollapatuch* (“el asesino de hombres”) o *Abailakin* (“el fuerte por sus castigos a los hombres”). Se trataba de una divinidad atmosférica a la que se dirigían plegarias en caso de mal tiempo.

El *Yekamusch* era un chamán que oficiaba en las curaciones sobrenaturales. Una irresistible vocación lo impulsaba a formarse como curandero, soportando el ayuno y la inmovilidad de la iniciación y aprendiendo los cantos transmitidos secretamente por otro hechicero. Los Yamanas creían que el alma humana abandonaba al *Yekamusch* durante el trance, para ser poseído

---

<sup>8</sup> PESSAGNO ESPORA Mario, *Los Fueguinos*, Serie A sobre Cultura Náutica General N° 2, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires 1971.

<sup>9</sup> *Ibid.*

por otra entidad capaz de efectuar las curaciones. Se creía también que el brujo era omnisciente a cien metros a la redonda y que poseía de humano solo el aspecto, siendo el interior de su cuerpo una especie de gelatina sin órganos<sup>10</sup>.



Figura 3- Los fiordos del sur de Chile.

Los canoeros Alacalufes de los fiordos chilenos compartían estrategias de subsistencia semejantes a las de los Yamana, aunque su lengua y sistema de creencias eran un tanto diferentes (Figura 3). El supremo creador era referido como *Cholass* entre los Alacalufes, quienes también reconocían la existencia de espíritus de la naturaleza. A *Muono*, un espíritu que rondaba las cimas de las montañas y lo alto de los ventisqueros, se atribuía el origen de las avalanchas y desmoronamientos, como castigo a la intrusión humana en el ámbito de los glaciares<sup>11</sup> (Figura 4). Por su parte, los Yamanas atribuían el tronar de los témpanos de

---

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988, 132.

hielo desgajándose de los ventisqueros al accionar de criaturas caníbales que intentaban dar alcance a los aborígenes. En tanto que el mal tiempo, las tormentas de nieve, la lluvia y el arco iris eran obra de la crueldad del genio maléfico *Curspic*<sup>12</sup>.



Figura 4- Glaciares en Tierra del Fuego.

Los ritos fúnebres de los canoeros eran comunicados con señales de humo. Habitualmente, el cadáver era amortajado en cuero de foca e inhumado cerca de la vivienda, junto con sus pertenencias. Excepcionalmente se recurría a la cremación, para evitar el uso instrumental de los huesos en la confección de anzuelos o arpones. Los dedos se cubrían inicialmente con polvo de carbón y ejecutaban danzas de venganza contra los poderes de la muerte. Eventualmente, adoptaban pinturas corporales con colores y motivos que explicaran las circunstancias del fallecimiento. El nombre del difunto pasaba a ser tabú y el lugar de entierro era abandonado. Por su parte, las almas de las personas ahogadas eran honradas con hogueras encendidas, con la esperanza de que llegasen a ser reconfortadas con el calor del fuego.

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, 133.

Las incursiones balleneras europeas y la caza de focas en las islas australes tuvieron una incidencia negativa sobre las poblaciones canoeras. En 1836, Darwin estimó en tres mil el número de aborígenes fueguinos; en tanto que hacia 1884 el reverendo anglicano Thomas Bridges (compilador de un importante diccionario sobre su lengua) refirió una población de aproximadamente mil Yaganes. Los canoeros fueron diezmados a fines del siglo XIX por enfermedades y conflictos con los colonos ingleses, reduciéndose su número a tan solo cien individuos a comienzos del siglo XX.

## **2. Los cazadores Onas y las “montañas del poder” en Tierra del Fuego**

Se dice que los cazadores de guanaco que habitaban el interior de la isla de Tierra del Fuego fueron descriptos por los primeros exploradores como “Patagones” en razón de las grandes huellas que sus pies calzados dejaban en la nieve. Su elevada estatura contrastaba con la corta talla de sus vecinos canoeros, lo que llevó a que los Onas fueran caracterizados como auténticos gigantes.

El nombre Ona deriva aparentemente del vocablo Yamana “Aonas”, que quiere decir “de a pie”. Los Onas se denominaban a sí mismos como Selk’nam o “seres racionales”. Se encontraban estrechamente emparentados con los Manakenk o Haush, y en menor medida con los Aonikenk o Tehuelches, habitantes del extremo meridional del continente americano.

La subsistencia de los Onas se basaba principalmente en el aprovechamiento del guanaco (Figura 5). La caza se realizaba mediante el uso de arco y flecha, técnicas de cercado colectivo y empleo de perros. Excepcionalmente cazaban focas en tierra y

zorros, para proveerse de pieles. Complementaban la dieta con la captura de aves y peces, la recolección de frutillas silvestres y calafate. Empleaban también arpones de hueso para pescar y cazar focas, con cuya piel se fabricaba el *carcaj* para transportar las flechas.



Figura 5- Guanaco en paisaje patagónico

Habitaban en toldos cónicos de cuero de guanaco, sostenidos por palos de madera. Andaban prácticamente desnudos, utilizando para aislamiento térmico la grasa del guanaco y arcilla que se untaba sobre la piel formando costras, además de un cuero de guanaco para protección contra el viento y calzado del mismo material. El adorno corporal comprendía pinturas faciales (como expresión de estados anímicos o estrategia de disuasión de enemigos) y tatuajes en los miembros, para honrar la memoria de los difuntos.

La organización social era sencilla, con familias emparentadas bajo la guía de un hechicero. Los hechiceros o *kon* se encargaban de curar las enfermedades y conjurar el mal tiempo (con flechas encendidas lanzadas al cielo), entrando en trance inducido por cánticos monótonos. Eran capaces de materializar su alma o “doble” en una sustancia gelatinosa fuera del cuerpo.

Los ritos de iniciación a la adultez eran estrictamente masculinos, con participación de hombres enmascarados

que encarnaban a los espíritus de la naturaleza o *kloketen*. Los *kloketen* “secuestraban” ritualmente a los iniciados y los mantenían bajo vigilancia en el interior de una gran cabaña o *haind* donde se desarrollaba la ceremonia. Los ritos incluían ayunos, inmovilidad en cuclillas y silencio forzado, exposición a la intemperie bajo lluvia y nieve, entre otras prácticas ascéticas que acompañaban las enseñanzas sobre los espíritus *kloketen*.

Los *kloketen* encarnaban fuerzas y elementos de la naturaleza y entre sus funciones se encontraba la de desalentar y castigar la curiosidad femenina. *Short*, el espíritu de las piedras blancas, castigaba a las mujeres con garrote y raptaba a los niños; en tanto que su mujer, *Jalpen*, llevaba a las nubes a las mujeres curiosas y luego arrojaba sus esqueletos al suelo. Por su parte *Oleming*, el espíritu de la tierra, era capaz de resucitar a sus víctimas. También se reconocían espíritus de los árboles vestidos de corteza.

Las montañas de los Onas estaban habitadas por criaturas de los bosques tales como *Hashi*, un duende marrón, semejante a un árbol seco, que deambulaba por la floresta quemada devorando sesos de guanacos muertos y esparciendo daño a su alrededor<sup>13</sup>. *Yonsi*, un fantasma de apariencia masculina, era capaz de mutilar los cadáveres de los difuntos. El gigante *Chashkilches*, hambriento de carne humana, llevaba al hombro una bolsa con niños cuando fue vencido por *Kwonyipe*, el más grande hechicero Ona, quien coronó su hazaña ahogando al gigante en un lago. Como era de esperarse, los distintos clanes Onas ubicaban geográficamente al mito del gigante en lagos de montaña comprendidos dentro de sus respectivos territorios.

---

<sup>13</sup> PESSAGNO ESPORA Mario, *Los Fueguinos*, Serie A sobre Cultura Náutica General N° 2, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires 1971, 184.

El hechicero *Kwonyipe* era también gigante como un árbol. Fue capaz de ejercer la magia para modificar las órbitas del sol y la luna, logrando la oscuridad que le permitiera estar con su tímida enamorada humana. A él se atribuye el ingreso de la muerte al mundo, en un mito que vincula a la ancianidad con las montañas. Según este mito, los Onas eran originalmente inmortales y los ancianos dormían envueltos en mantas que los rejuvenecían, hasta que voluntariamente preferían transformarse en montañas o animales. El héroe cultural *Kenos* se encargaba de despertar a los ancianos del sueño mortuorio, alejando el olor a cadáver; pero al dormirse *Kenos*, el joven *Kwonyipe* no quiso despertarlo, por lo que sus descendientes se convirtieron en mortales<sup>14</sup>.

El sistema de creencias de los Onas no contemplaba la existencia de vida de ultratumba. Los difuntos simplemente marchaban más allá de las nubes. Al morir un miembro de la comunidad, los deudos se cortaban con conchillas afiladas y se pintaban de rojo oscuro, entonando cánticos fúnebres al amanecer y al atardecer. El difunto era amortajado en piel de guanaco y enterrado a poca profundidad, tapado con troncos y piedras para evitar el carroñeo de zorros y perros. El nombre del difunto devenía tabú y no debía ser pronunciado; en tanto que su toldo y pertenencias eran quemados. Por su parte, los hechiceros *kon* eran enterrados boca abajo. Existía el temor a *Kawhayulh*, la cabeza del Kon decapitado por los Yamanas, la cual se decía que volaba suelta y condenaba a muerte a quien la veía.

---

<sup>14</sup> PESSAGNO ESPORA Mario, *Los Fueguinos*, Serie A sobre Cultura Náutica General N° 2, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires 1971.

*Temaukel*, el supremo Creador, no era jamás nombrado y solamente podía ser aludido con perífrasis tales como “Aquel que está arriba”. Se creía que residía más allá de las estrellas y que castigaba con la enfermedad y la muerte. Se lo recordaba en ritos individuales, con pequeñas ofrendas de trocitos de carne arrojados fuera del toldo para pedirle prosperidad, o brasas de carbón arrojadas para pedir el fin de una tormenta.

El paisaje del interior de la isla grande de Tierra del Fuego es dominado por los picos de la Cordillera de Darwin, que alcanzan alturas de 2500 metros sobre el nivel del mar. Ciertas montañas que se encuentran aisladas, como el monte Heuhupen, eran consideradas sagradas. Se creía que dichas formaciones rocosas provocaban mal tiempo en caso de ser señaladas en forma irreverente. Algunas montañas habían sido originalmente personas, como en el caso de la esposa y el hijo del mítico Kon Shai, quienes se aquerenciaron y quedaron en las inmediaciones del lugar donde el hechicero había construido un camino.

En sus cantos ceremoniales, los Onas aludían a los nevados picos de Onaisin (la Tierra Ona) como “las montañas del poder”. Así se expresaba Lola Kiepja, a quien la prensa argentina de los años ochenta llegó a presentar como “la última sobreviviente de los Selknam”. Los relatos e interpretaciones de Lola lograron conservarse para la posteridad gracias al archivo documental de las entrevistas mantenidas con la antropóloga Anne Chapman<sup>15</sup>.

Los grupos originarios de Tierra del Fuego fueron evangelizados por misioneros salesianos establecidos en la Isla Grande. Sobresale, desde el punto de vista etnográfico, la labor investigativa del sacerdote europeo Martín Gusinde, quien

---

<sup>15</sup> CHAPMAN ANNE, *Drama and Power in a Hunting Society: The Selknam of Tierra del Fuego*, Cambridge University Press, Cambridge 1982.

en los inicios del siglo pasado realizó una exhaustiva tarea de documentación de la cultura de los Yamanas y Selk'nam. Su obra completa (de varios tomos ilustrados con numerosas fotografías) fue publicada originalmente en alemán por la revista *Anthropos* y ha sido más recientemente traducida al español y publicada por el Centro de Etnología Americana en Buenos Aires<sup>16</sup>.

### **3. Los Tehuelches o Aonikenk y las “montañas del terror” en la Patagonia meridional**

Los pobladores del extremo meridional de la Patagonia continental se agrupaban en dos grupos estrechamente emparentados en lo relativo a su cultura y subsistencia: los Guenaken o Tehuelches septentrionales y los Aonikenk o Tehuelches meridionales. El nombre Tehuelche, que significa “gente bravía”, les fue dado por los Mapuches, oriundos de la Patagonia norte chilena, quienes sometieron a los Tehuelches durante el proceso de “araucanización” de las pampas argentinas iniciado en el siglo XVII.

El explorador europeo Antonio Pigafetta denominó a los Tehuelches como “Patagones”, subrayando así su vinculación con los Onas de Tierra del Fuego. En efecto, al igual que entre los Selk'nam, el modo tradicional de subsistencia de los Tehuelches meridionales o Aonikenk se centraba en la caza del guanaco, con estrategias que se remontaban hasta doce mil años en el tiempo. La carne del guanaco era aprovechada para la alimentación y el cuero para la confección de viviendas, a modo de toldos cónicos, y de mantos como vestimenta.

---

<sup>16</sup> GUSINDE Martín, *Los Indios de Tierra del Fuego*, Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA), Buenos Aires 1989. (Publicado originalmente por la editorial de la revista *Anthropos*).

A diferencia de los cazadores de la isla de Tierra del Fuego, los Tehuelches empleaban como armas de caza las boleadoras, además de arcos y flechas. Ya en el siglo XVI los Tehuelches se contaron entre los primeros grupos indígenas en adoptar el caballo traído por los conquistadores españoles, dando lugar a lo que se conoció como el complejo ecuestre en la cultura patagónica<sup>17</sup>. Se estima que actualmente, en las estepas del extremo sur de Argentina, viven aproximadamente cuatro mil trescientos descendientes de los antiguos Aonikenk.

El arte Tehuelche alcanza su más acabada manifestación en las pinturas geométricas con las que se decoran los mantos de piel de guanaco, conocidos en lengua vernácula como *quillangos*<sup>18</sup>. Los motivos de grecas y diseños de guardas, frecuentes en las pinturas sobre cuero, se asemejan en gran medida a las pictografías más tardías, presentes en el arte rupestre de la Patagonia austral.

Las expresiones artísticas ofrecen una vía de análisis para el abordaje de la religiosidad ancestral Tehuelche y su relación con el paisaje patagónico. Uno de los principales exponentes del antiguo arte pictórico del extremo sur del continente americano es la Cueva de las Manos, en el cañadón del Río Pinturas, en la provincia argentina de Santa Cruz. Los motivos rupestres más antiguos se remontan 9000 años en el tiempo y se distribuyen en las paredes y techo del alero, así como en los bloques erráticos que obstruyen parcialmente la entrada (la profundidad de la cueva es de aproximadamente 24 metros). Se

<sup>17</sup> BÓRMIDA Marcelo – CASAMIQUELA Rodolfo, “Etnografía Gününa-Këna: testimonio del último de los Tehuelches Meridionales”, en *RUNA IX* (1-2) (1958-1959) 153-19, Buenos Aires.

<sup>18</sup> CAVIGLIA Sergio, “El arte de las mujeres aónik’enk y gününa küna -kay guaj’enk o kay gütruj (las capas pintadas)”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVII* (2003) 41-73, Buenos Aires.

trata de pictografías elaboradas con tintes minerales y sangre de animales en tonos rojo, ocre, negro, verde y amarillo.

Los diseños naturalistas son aquellos de mayor antigüedad y los abstractos resultan más recientes. Los motivos de manos se suponen vinculados a ritos de iniciación o rituales de transición; los negativos de manos inscriptos en círculos se atribuyen a hechiceros o personas de poder (Figura 6). Las escenas de guanacos preñados se asocian conceptualmente a la fertilidad, en tanto que las escenas de caza podrían haber sido de intención pedagógica<sup>19</sup>. Un motivo geométrico de difícil interpretación –podría tratarse de una vulva femenina– ha sido caracterizado como “gualicho”, término tehuelche vinculado a la brujería. En tanto que la representación zoomorfa del lagarto o “matuasto” se relaciona con una creencia popular que sostiene que mirar fijo al animal puede causar impotencia en los hombres.



Figura 6- Cueva de las Manos en Río Pinturas.

<sup>19</sup> SCHOBINGER Juan – GRADIN Carlos, *Cazadores de la Patagonia y Agricultores Andinos. Arte rupestre de la Argentina*. Colección Las Huellas del Hombre, Encuentro, Madrid 1985.

Antiguamente, los Tehuelches recorrían la meseta patagónica siguiendo las manadas de guanacos que cazaban para su subsistencia. Aprovechaban la protección natural contra el viento que brindaban los cañadones de los ríos, al momento de elegir el emplazamiento de sus asentamientos y tolderías. Raramente penetraban en los valles nevados de la cordillera andina, a efectos de aprovisionarse de materias primas líticas. Un caso excepcional es el del oasis andino-patagónico de Los Antiguos, en la provincia de Santa Cruz, conocido en lengua tehuelche como I-Keu-Khon o “Lugar de los Ancianos”. Era elegido como residencia invernal por los Tehuelches entrados en años, quienes sabían aprovechar su microclima, inusualmente templado.

Las agujas graníticas de las Torres del Paine, el macizo de Chaltén y el cerro Torre, eran temidas como residencia de un espíritu maligno al que los Aonikenk llamaban “Agchen”. A dicha deidad del fuego, de aspecto terrorífico, atribuían los Tehuelches los incendios forestales, los truenos y las ocasionales cenizas emitidas por los volcanes activos<sup>20</sup>. Agchén moraba en ventisqueros, lagunas o glaciares y causaba mal tiempo y desprendimientos de hielo al ser molestado por incursiones humanas. Es por ello que el macizo del Paine, el cerro Torre y el monte Fitz Roy o Chaltén eran concebidos por los Tehuelches como montañas temibles, en su carácter de moradas del furibundo Agchen. Según el explorador Viedma, tanto la aguja del cerro Torre como el abrupto macizo granítico del Fitz Roy eran ambos llamados Chaltén por los Tehuelches –lo cual quería decir “terror”–.

---

<sup>20</sup> ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988, 127.

El cerro Torre (3128 m) se caracteriza por su espigada aguja de granito gris y el distintivo hongo de nieve que corona su cima (Figura 7). A sus pies se encuentra una laguna glaciar homónima, la cual conserva témpanos de hielo hasta bien entrada la estación de verano, en razón de los fríos vientos del oeste que atraviesan el valle. Los Tehuelches creían que estos fuertes vientos patagónicos se originaban en una “boca” que el mismo cerro tenía: mientras más se acercara un ser humano a la fuente, más fuerte soplarían los vientos<sup>21</sup>. La experiencia en el terreno demuestra que la creencia folclórica pone en palabras la vívida sensación de “luchar contra el viento” que los escaladores y senderistas enfrentan al momento de realizar la marcha de acercamiento a la base del cerro Torre.



Figura 7- Cerro Torre.

El cerro Fitz Roy o Chaltén (3405 m) constituye la culminación de un abrupto macizo de granito rosado, de majestuosa apariencia (Figura 8). Ofrece en una de sus caras una de las más extensas paredes verticales de roca en todo el

<sup>21</sup> ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988, 128.

mundo, la cual fue ascendida por primera vez por el escalador francés Lionel Terray. A los pies del pico Chaltén se encuentra la espectacular Laguna de los Tres, con sus aguas color turquesa y su fondo de limo glaciario congelado, ubicada aproximadamente a 1700 metros sobre el nivel del mar y a unos 1200 metros sobre el nivel del Río de las Vueltas. Existen diversas acepciones acerca del nombre del macizo, como “azulado”, “aserrado”, “montaña que humea” y “terror”.



Figura 8- Monte Chaltén y Laguna de los Tres.

Según el naturalista argentino Clemente Onelli, el ruido de las avalanchas era interpretado como el rugido de un espíritu del mal que residía en la cima del Chaltén. Además de su papel como morada de Agchen, el aspecto terrorífico de esta montaña se vinculaba con la práctica de la hechicería. El poder maléfico del monte podía ser canalizado ritualmente, por ejemplo, al colocar

cabello en el interior de una piedra agujereada hasta ocasionar la muerte por accidente o por consunción de la víctima<sup>22</sup>.

El cerro Chaltén es también aludido en la mitología Tehuelche dedicada al héroe cultural Elal<sup>23</sup>. Una leyenda Aonikenk relata que Elal fue dejado en la cumbre del macizo tras haber sido transportado por un cisne. Elal permaneció tres días en la abrupta cima, para luego descender y enseñar las artes de supervivencia a los Tehuelches. Otra leyenda Tehuelche sostiene que el cóndor andino perdió las plumas de su cabeza tras haberse negado inicialmente a facilitar a Elal algunas plumas de sus alas, para adornar las flechas. Tras haber flechado al cóndor y sustraído las plumas de su cabeza, Elal finalmente autorizó a la criatura a regresar a la cumbre del cerro sagrado<sup>24</sup>.

Los cuernos y torres del macizo del Paine se yerguen rodeados de la belleza de lagos y lagunas de distintas tonalidades, destacándose el turquesa de las aguas del lago Pehoe o “Escondido” (Figura 9). El nombre Paine significa “celeste” y alude a la apariencia de



Figura 9- Cuernos del Paine y Lago Pehoe.

<sup>22</sup> ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988, 127.

<sup>23</sup> BÓRMIDA Marcelo –SIFFREDI Alejandra, “Mitología de los Tehuelches Meridionales”, en *RUNA XII* (1-2) (1969-70) 199-245, Buenos Aires; SIFFREDI Alejandra, “Hierofanías y Concepciones Mítico Religiosas de los Tehuelches Meridionales”, en *RUNA XII* (1-2) (1969-1970), 247-271, Buenos Aires.

<sup>24</sup> ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988, 131.

los montes vistos desde la distancia<sup>25</sup>. Atraídos por las manadas de guanacos que aún hoy día pastan a sus pies, los antiguos cazadores Tehuelches supieron dejar, en cuevas y aleros en las inmediaciones del macizo del Paine, testimonios pictográficos cuya antigüedad se remonta 3000 años antes del presente. Sin embargo, es probable que el terror que las agujas rocosas inspiraban haya disuadido a los Tehuelches de aventurarse hasta la base misma de las torres de granito; actividad que hoy en día realizan ávidamente los senderistas y escaladores (Figura 10).



Figura 10- La autora en las Torres del Paine.

Finalmente, cabe señalar que para los Mapuches que incursionaron en el extremo meridional de Patagonia, los picos rocosos como Chaltén y las torres del Paine eran concebidos como guerreros ancestrales convertidos en piedra o *huitralcun*.

---

<sup>25</sup> BERNBAUM Edwin, *Sacred Mountains of the World*, Sierra Club Books, San Francisco 1990.

El monte Paine en particular era el alma petrificada del guerrero Huincaman, y el pico Chaltén, la de Painemal Hueitra, según una peculiar versión del famoso mito mapuche del cerro Tren-Tren<sup>26</sup>.

## Consideraciones y conclusiones

Distintos grupos originarios poblaron tradicionalmente el extremo austral del continente americano. En la isla de Tierra del Fuego, canoeros y cazadores se diferenciaban tanto en sus estrategias de subsistencia como en la apreciación del paisaje montañoso circundante, reflejada y recreada en la mitología y el ritual.

Los canoeros Yamana pasaban la mayor parte de sus vidas en el mar, prácticamente sin oportunidad de acceso físico al paisaje de montaña. Los Andes fueguinos eran para ellos un objeto de contemplación distante, acerca del cual se llegaba a poseer escaso conocimiento empírico. Construida principalmente en torno a la fauna marina, la mitología Yamana dedicaba escasa atención al tema de las montañas fueguinas, a las que se poblaba de espíritus forestales que resultaban responsables de los incendios y del mal tiempo. Por otra parte, las montañas aparecen aludidas más explícitamente en los relatos que abordan un mítico diluvio, pudiendo tratarse de un préstamo intercultural tomado de otros grupos patagónicos, siendo que el tema de la montaña como lugar de salvación frente a las inundaciones aparece frecuentemente mencionado en la mitología de los Mapuches<sup>27</sup>. En efecto, en las comunidades mapuches costeras y lacustres son frecuentes

---

<sup>26</sup> ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988, 127-128.

<sup>27</sup> FERNÁNDEZ Cesar (ed.), *Cuentan los Mapuches*, Ediciones Nuevo Siglo, Buenos Aires 1999.

los relatos acerca de la lucha entre las serpientes Cai Cai y Tren Tren, tendientes a explicar los esporádicos *tsunamis* en la costa pacífica y la sacralidad de ciertas montañas, concebidas como lugares de salvación frente a dichas catástrofes.

Los truenos y los incendios forestales, sumados a los desprendimientos de hielo y las ventiscas, eran atribuidos por los canoeros Alacaluf a *Muono*, un espíritu de la montaña y los glaciares delineado con mayor claridad en la región de los fiordos australes de Chile. Sucede que, a diferencia de los Yamana, los Alacaluf tenían la posibilidad de observar desde sus canoas los imponentes glaciares que descienden directamente al mar (los cuales no se aprecian en los canales fueguinos del lado argentino). De allí se desprende la mayor importancia otorgada al espíritu de la naturaleza que regía los desprendimientos de hielo y demás fenómenos telúricos y atmosféricos.

Los cazadores Onas se desplazaban a pie por el paisaje montañoso del interior de la Isla Grande de Tierra del Fuego, siguiendo a las manadas de guanacos que proveían a su subsistencia. Adquirían de ese modo un conocimiento más íntimo de la montaña, la cual pasaba a cumplir un papel simbólico y ritual más destacado que entre los canoeros fueguinos. Si bien los picos de la Cordillera de Darwin no eran ascendidos ritualmente, sí eran venerados e invocados por los Selk'nam como “montañas de poder”, capaces de nutrir a los hechiceros *Kon* de poder espiritual y artes mágicas. Los bosques en las laderas de las montañas eran lugares de iniciación a la vida adulta para los jóvenes Onas durante las ceremonias *Kloketen*, además de estar habitadas por espíritus de gigantes vestidos con cortezas de árboles, inclinados a raptar mujeres y devorar niños. Las montañas más aisladas, consideradas sagradas, eran capaces de causar mal tiempo como castigo a la irreverencia humana.

La mitología Selk'nam sostiene que en tiempos antiguos se convertían en montañas los ancianos que ya no querían seguir durmiendo el sueño mágico capaz de rejuvenecerlos.

Si los Onas exaltaban el aspecto atrayente de los montes de Tierra del Fuego como proveedores de poder espiritual, los Tehuelches o Aonikenk enfatizaban la faz más temible de las imponentes torres de granito patagónicas, a las que concebían y nombraban como “montañas de terror”. El análisis del arte rupestre en territorio Tehuelche pone de manifiesto el acentuado temor a las prácticas de hechicería, manifiesto en torno al concepto de “gualicho”. Las leyendas revelan la conexión simbólica y ritual existente entre el espíritu temible que mora en los picos graníticos y la posibilidad de utilizar su poder para la hechicería. La creencia en las montañas patagónicas como moradas de Agchen, sumada a la apariencia sobrecogedora y a la climatología extrema de las Torres del Paine, el cerro Torre y el macizo de Chaltén, resultan en una apreciación del espacio montañoso como terrorífico (y en una consecuente estrategia de minimización o evitación del acceso al mismo). Los Tehuelches meridionales alternaban la utilización de los cañadones fluviales como refugios y la caza del guanaco en espacios abiertos, (mediante el uso de boleadoras y eventualmente del caballo), minimizándose la necesidad de incursionar en los dominios de las “montañas del terror”, a los cuales se accedía casi exclusivamente para la obtención de materias líticas (Figura 11).

Por último, cabe mencionar la mirada que las montañas australes recibieron por parte de los Mapuches. Estos grupos de pastores y agricultores oriundos de la región de la Araucanía (en la Patagonia septentrional) llegaron a dominar la estepa

patagónica subyugando por la fuerza a los Tehuelches originarios. Los Mapuches o Araucanos respondían a un acentuado perfil militar, centrandó su organización social en torno a la figura de jefes guerreros. De allí la tendencia a identificar los picos rocosos de las montañas más emblemáticas con las almas petrificadas de guerreros ancestrales.



Figura 11- Laguna patagónica con témpanos de hielo

## Bibliografía

BERNBAUM Edwin, *Sacred Mountains of the World*, Sierra Club Books, San Francisco 1990.

BÓRMIDA Marcelo – SIFFREDI Alejandra, “Mitología de los Tehuelches Meridionales”, en *RUNA* XII (1-2) (1969-70) 199-245, Buenos Aires.

BÓRMIDA Marcelo – CASAMIQUELA Rodolfo, “Etnografía Gününa-Këna: testimonio del último de los Tehuelches Meridionales”, en *RUNA* IX (1-2) (1958-1959) 153-19, Buenos Aires.

CAVIGLIA Sergio, “El arte de las mujeres aónik’enk y gününa küna -kay guaj’enk o kay gütrruj (las capas pintadas)”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVII (2003) 41-73, Buenos Aires.

CERUTI María Constanza, *Simbolismo y Leyenda en torno a las montañas sagradas de Patagonia*. Ponencia presentada en un Simposio sobre Montañas Sagradas en Mesoamérica y los Andes, en el 54 Congreso Internacional de Americanistas, Universidad de Viena, 2012.

CHAPMAN Anne, *Drama and Power in a Hunting Society: The Selknam of Tierra del Fuego*, Cambridge University Press, Cambridge 1982.

ECHEVARRIA Evelio, *Leyendas de los Andes de Chile*, Edición del autor, Santiago de Chile 1988.

ETCHEGOIMBERRY Delia, *La mujer y lo sagrado en Tierra del Fuego: mito y logos*, Chilavert Artes Gráficas, Buenos Aires 2007.

FERNÁNDEZ Cesar (ed.), *Cuentan los Mapuches*, Ediciones Nuevo Siglo, Buenos Aires 1999.

GUSINDE Martín, *Los Indios de Tierra del Fuego*, Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA), Buenos Aires 1989. (Publicado originalmente por la editorial de la revista *Anthropos*).

ORQUERA Luis Abel, *Lancha Packewaia: arqueología de los canales Fueguinos*, Huemul, Buenos Aires 1977.

ORQUERA Luis Abel – PIANA Ernesto, *La vida material y social de los Yamana*, EUDEBA, Buenos Aires 1999.

PESAGNO ESPORA Mario, *Los Fueguinos*, Serie A sobre Cultura Náutica General N° 2, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires 1971.

SCHOBINGER Juan – GRADIN Carlos, *Cazadores de la Patagonia y Agricultores Andinos. Arte rupestre de la Argentina*. Colección Las Huellas del Hombre, Encuentro, Madrid 1985.

SIFFREDI Alejandra, “Hierofanías y Concepciones Mítico Religiosas de los Tehuelches Meridionales”, en *RUNA* XII (1-2) (1969-1970), 247-271, Buenos Aires.